

El Quijote para lectores o la aventura de la lectura

INTRODUCCIÓN

n esta ocasión deseo exponer que tal vez el destino deseado de un escritor sea ser leído, pues un autor vive mientras su obra tenga dicha suerte. Sostener esto en nuestros días, sin embargo, pudiera parecerse al acto de remar contra corriente, pues ya casi no hay lectores e incluso se pretende evitar la lectura en algunos ámbitos.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, como otros textos del mismo autor, revela su contenido, configuración y temple sólo si es leído en su integridad, no fragmentariamente, como ahora suele hacerse; nos despliega sus tesoros sólo cuando es leído con la dedicación y con el ritmo propio que pide una novela. Si queremos disfrutarlo, este texto nos obliga a su lectura íntegra y frecuente. Condición nada fácil, ya que ahora se encuentran sin dificultad resúmenes e infinidad de interpretaciones que lo exponen de manera simplificada y breve, en atención a la vorágine de actividad que día a día nos vemos forzados a enfrentar.

Dedicar tiempo a la lectura de una novela, sobre todo en nuestros días, es particularmente importante, ya que este género es una represen-

LA COLMENA 54, abril-junio 2007.

tación imaginativa de la vida humana que da pie a considerar su complejidad y densidad, y que además motiva infinidad de consideraciones. Cada época, acaso cada generación, lee desde su propia situación y manifiesta una perspectiva no reducible a otras; por este motivo hay miles de lecturas sobre un texto, en las cuales lo importante es la convergencia del libro y de su lector: confluencia de dos mundos tan distantes pero al mismo tiempo tan cercanos.

Cervantes, como otros escritores, dice cosas distintas a cada lector, en la variedad, casi infinitud, de lo que sus textos ofrecen; en ellos, cada época aísla y subraya ciertos aspectos, elementos o temas, y posterga y olvida otros. Por eso a lo largo del tiempo siempre se puede *volver* a su obra, especialmente al *Quijote*, del que hemos celebrado los 400 años cumplidos desde la publicación de su primera parte. Ahora bien, el que las generaciones no hayan cesado de *volver* a él, aun en circunstancias como las presentes, lo confirma y mantiene como una incuestionable obra clásica.

¿Hay más motivos para leer el *Quijote*? Justificar lo anterior en tiempos de debilitación y casi inexistencia de la lectura es una tarea no exenta de dificultades; sin embargo, por ello mismo, en estas líneas se parte de una exposición sobre la necesidad y el placer de leer en nuestros días, para después discurrir sobre el *Quijote*, que como fruto mismo de la lectura es un texto imprescindible, ya que, como pocos, es un claro ejemplo de cómo leer, no sólo textos, también la realidad que nos rodea y a nosotros mismos, a fin de cambiar el vacío por el sentido y por la alegría de vivir.

IMPORTANCIA DE LA LECTURA

Aunque parezca una extravagancia decirlo, parte de nuestros problemas está relacionada con la pérdida de la función de la lectura

en los hogares, en los programas educativos y en otros sitios. Nuestra necia sociedad mercantilista no logra percibir sus ventajas. Por lo anterior, algunas de las preocupaciones sociales que actualmente nos afligen están ligadas con el abandono de la literatura, la cual durante milenios ha funcionado como la gran interpretadora e inspiradora de las principales realidades históricas y sociales, aquellas que han sido comprendidas lúcidamente y desde dentro, en forma viva, en la producción literaria; no necesariamente con la nitidez conceptual ni con la retórica de otras expresiones, pero sí con bastante poder, logrado la mayoría de las veces de manera alusiva, sugestiva.

Mucho se ha dicho y escrito sobre las ventajas de la lectura. Albert Beguin decía que estaba de acuerdo con Roland Barthes cuando afirmaba que la lectura en sí misma es insustituible; pero no lo estaba tanto cuando mencionaba que era posible aproximarse a la esencia de la lectura por medio de las técnicas científicas modernas. Beguin aseguraba estar convencido de que dichas técnicas —de innegable utilidad para la civilización— se acercan al hombre en lo colectivo, pero siempre dejan escapar lo más personal (Beguin, 1986: 15).

En efecto, en una ocasión posterior el mismo Barthes le concede la razón al escribir que no se puede hablar seriamente de la lectura, porque ésta se trata de la:

[...] ficción de un individuo que aboliría en sí mismo las barreras, las clases, las exclusiones, no por sincretismo sino por simple desembarazo de ese viejo espectro: la *contradicción lógica*; que mezclaría todos los lenguajes aunque fuesen considerados incompatibles; que soportaría mudo todas las acusaciones de ilogicismo, de infidelidad; que permanecería impasible delante de la ironía socrática (obligar al otro al supremo oprobio: *contradecirse*) y el terror legal (¡cuántas pruebas penales fundadas en una

psicología de la unidad!). Este hombre sería la abyección de nuestra sociedad: los tribunales, la escuela, el manicomio, la conversación harían de él un extranjero: ¿quién sería capaz de soportar la contradicción sin vergüenza? Sin embargo este contra-héroe existe: es el lector del texto en el momento en que toma su placer. En ese momento el viejo mito bíblico cambia de sentido, la confusión de lenguas deja de ser un castigo, el sujeto accede al goce por la cohabitación de los lenguajes que trabajan *conjuntamente* el texto de placer en una babel feliz.

(Barthes, 1982: 10)

Albert Thibaudet, un crítico sin dogmatismos, de espíritu liberal y con una acentuada predisposición a la lectura, décadas antes estableció una distinción —que viene ahora al caso— cuando, al titular uno de sus libros *El lector de novelas*, opuso lector y leedor; el primero es el que de vez en cuando lee; el segundo es el que lee profesionalmente, es un *lector* constante y por vocación. Recurriendo a varios medios, Thibaudet también insistió en otro aspecto de la aventura del lector —experiencia que es como cualquier otra que verdaderamente apasione—: si el leedor es un hombre que tiene la vocación de leer, esto no le confiere ningún tipo de superioridad sobre los otros; hay gente que tiene otras vocaciones. Hay gente que no leerá jamás, y no por ello vale menos que los lectores. En pocas palabras, ser leedor, según Thibaudet, no otorga preeminencia alguna. Ahora bien, lo que le sucede al leedor no es sólo que despierte con las impresiones de la lectura, es que de pronto se enciende en él la chispa; la lectura le es determinante y constituye un acontecimiento en su vida (tal vez algún libro habrá orientado su existencia y le habrá desplazado para encaminarle por nuevas rutas).

En la experiencia de Beguín —según él mismo declara—, una lectura produjo la chispa y determinó muchas cosas en su vida; reconoce que, si quisiera dar cuenta completa de esa ex-

periencia, debería manifestar una confesión, que resultaría algo indecente en público, porque diría cuántas cosas de su vida más íntima dependieron de esa lectura, de esas lecturas. En efecto, la lectura es para Beguín algo verdaderamente serio:

La lectura de un leedor verdadero no es una lectura de diversión, no es algo aparte de la existencia, no está al margen de las experiencias de la vida, algo que pertenecería a la superficie; no, para nada: la lectura del leedor se ubica entre los sucesos de su vida, contribuye a crear su persona verdadera, hace de esa persona lo que antes no era. Lo que somos en la actualidad está compuesto sin duda de encuentros humanos, de accidentes de todo tipo, de nuestras miserias y de nuestros éxitos, pero también, en un grado inapreciable, en un grado inmenso, de los libros que hemos leído, de los libros que se han convertido en nuestra propia sustancia. (Beguín, 1986: 20)

En nuestros días, ante la insuficiente lectura algunos dirán que nada importa, pues ésta no ofrece utilidades y bien se puede vivir sin ella; otros se alegrarán de prescindir de la lectura, porque así podrán pasar los días de manera menos complicada, con la esperanza de que sus problemas puedan superarse por inercia o por algo que no dependa de ellos de manera inmediata, sino de fenómenos casi providenciales (como el de la globalización, que se presenta con las garantías del ingreso a una mejor condición humana). Pero como el hombre es circunstancial, la única manera que tenemos de realizarnos es, precisamente, en nuestras circunstancias, por lo que resulta indispensable entenderlas. Ése es el apremio de conocerlas y de conocernos.

¿POR QUÉ PREOCUPARNOS POR LA LECTURA?

La programación de actividades que promueven la lectura nos permite pensar que al menos

alguien se ha percatado de la importancia de ésta, no sólo en los planteles educativos, también en los hogares y en otros ámbitos. En realidad, la vida toda necesita de lectura. Necesitamos entender lo que se ha hecho, las circunstancias en que actuamos y en las que buscamos realizarnos, y ello nos permitirá entender cómo nuestros antepasados lo hicieron en su tiempo. La lectura es la gran puerta hacia la experiencia, no sólo hacia la de nuestros mayores, también a la de nuestros antepasados. Si todo lo hiciéramos como si éstos no hubiesen existido, actuaríamos con los ensayos y vacilaciones de quien hace una cosa por primera vez, y entretenidos en dicha inseguridad difícilmente lograríamos hacer algo.

La experiencia del pasado nos es preciada no simplemente porque la tomamos para repetirla: nos ocupamos de ella para entenderla, para superarla y hacer lo que queremos; esto implica que con su apoyo podemos imaginar y proyectar el futuro. Tener fantasía no significa, sencillamente, inventarse algo de la nada; significa dar importancia a lo que se tiene para mejorarlo. En los textos impresos, los mitos ancestrales, los conceptos filosóficos, las reflexiones existenciales, las grandes experiencias viven en constante promiscuidad con el presente, alimentados por la inagotable curiosidad del autor, quien necesariamente pide un lector cómplice.

Derrida ha señalado que los textos no sólo dicen, además sugieren, incitan su relación con otros textos, los que a su vez remiten a otros, y así sucesivamente hasta abarcar toda la tradición cultural, que en su vitalidad se redimensiona continuamente y rehuye a la cristalización. El último Wittgenstein —como en su tiempo Nietzsche— recurría a la escritura discontinua, fragmentada, aquella que se presta para cuestionar certezas e inducir preguntas, para ponernos a pensar. Estos autores y otros se han valido en sus textos de medios no usuales: de la ejemplificación —que fuera

confinada por la tradición metafísica al vagón de segunda clase de la retórica—, de la generosa utilización de figuras como la metáfora, la paradoja y la ironía, que propician una lectura interactiva a través de la formación y la sensibilidad del lector.

En *Things that might have been*, incluido en *Historia de la noche*, Borges se refiere a las “cosas que pudieron ser y no fueron”, se refiere a la contingencia. Según Borges, un escrito puede desencadenar series de causas de impredecibles consecuencias en sus eventuales lectores. ¿Cuántos sermones inspirados, por ejemplo, en la *Divina Comedia*, cuántos desvelos inducidos por ella? Sin esta obra muy probablemente Occidente sería otro, como también sería otro sin “La historia de la tarde de la cruz y la tarde de la cicuta” (Borges, 1994: 189). ¿Qué hubiera sido de Occidente sin el sentimiento de culpa, sin el ideal del martirio? ¿Qué hubiera sucedido si Sócrates no bebe la cicuta?

IMPORTANCIA DE LOS TEXTOS

Podemos decir que no hay pueblo o nación sin cultura y que ésta no existe sin textos. La aparición de la escritura marca, de hecho, un cambio importante en cada desarrollo cultural, y su evolución indica el grado que éste ha alcanzado. Cuando lo escrito por una colectividad y otros vestigios de ésta se pierden, apenas podemos imaginar cómo era, cómo vivía, sentía, pensaba y cómo se consideraba a sí misma. ¿Cuánto sabemos del mundo precolombino? Aunque su herencia la llevamos inscrita muy dentro, en momentos sentimos su vacío, semejante al que siente quien no conoce a su padre. La mayoría de las veces, ante dicha sensación, pasamos de largo, la dejamos a un lado o la tratamos de *ahogar*; todavía menos nos ocupamos de investigar y de atar cabos que nos permitan imaginar ese otro mundo. Además, tenemos poca información de ese pa-

sado: antes de la llegada de los españoles no había en el territorio una escritura que hubiese permitido la cantidad de textos que otras culturas han heredado a la posteridad, las cuales, con mayor facilidad, hacen posible una visión reconfortante del propio pasado. Esa laguna incide en nuestra manera de ser.

No es posible concebir un mundo sin textos. Habría que imaginar qué sería de nosotros si pudiéramos contar con la biblioteca completa de Alejandría y con otras más que por varios motivos han desaparecido. Por desgracia, no todos adquirimos conciencia tanto del salvaguardar la experiencia del pasado como del aprovecharla y enriquecernos con su lectura; por el contrario, se siguen presentando momentos de bestialidad, como sucedió recientemente con el bombardeo de la biblioteca de Bagdad y de otros centros de patrimonio cultural y artístico.

Se ha dicho que detrás de toda obra mayor hay una biblioteca. La historia confirma esta afirmación, y Borges, Cervantes y muchos más lo demuestran en su legado. Esta aserción nos habla de una actitud continua de observación, de lectura, de interpretación de textos y de la realidad; dedicación que hace posible nuevos libros, que inauguran otra visión, un orden diferente que, como en el caso de el *Quijote*, en algo o en mucho releva todos los órdenes anteriores. Lo bueno y lo grande necesitan tiempo. El lector debe concebir la biblioteca y, ahora también, los centros de información como su mejor heredad afincada en el presente, porque la lectura reivindica la lección del pasado y le da nuevo vigor.

Las bibliotecas y los centros de información no tienen sentido sin lectores: necesitan del acto de la lectura para saberse vivos. En nuestros tiempos incluso corren el peligro de convertirse en panteones, ya sea porque no se les frecuenta o porque sus visitantes asisten de rebato, con fines inmediatos que no buscan proyección. La biblioteca viva, en cambio, es

la dispensadora de la heredad, del bien transferido; es la impulsora de los textos del presente que se dirigen al devenir, a esa orilla de futuro donde continúa el relevo. En su ejercicio, el lector recorre animadamente las líneas que tiene ante sus ojos, liberando los poderes de éstas en la precariedad del hoy transitivo y, a su vez, entregándonos la encomienda del relevo, gracias al cual la lectura no cesa de ser creativa. Lo más vivo del lenguaje, su fugacidad, se da en la lectura; en ella podemos experimentar la reverberación de una frase plena, podemos tener una iluminación.

En la lectura, la voz de la tradición es ampliada por su propia continuidad; la lectura capta las resonancias de las grandes voces, de los grandes escritores, de los grandes lectores y, en ellos, las reverberaciones de toda gran experiencia humana. En este intento por señalar la importancia de la lectura, podríamos decir que se trata de una tradición de invención, sostenida por cada lector que la recibe en herencia, encomienda y encargo. El escritor, que al mismo tiempo es lector, es el encargado de actualizar la vida del texto que viene de todas partes y sigue de largo. La lectura llamada de pasatiempo —decía Thomas Mann— es, sin lugar a dudas, la más aburrida del mundo.

EL MUNDO DE CERVANTES

Cuando un periodo histórico termina, le sigue otro —más o menos corto— de crisis y reacomodo; el tiempo de Cervantes fue uno de éstos. En el siglo XVI español aún había cierta relación con el mundo medieval, al mismo tiempo que aparecían características fundamentales del mundo que ahora llamamos moderno. El autor del *Quijote* enfrentó décadas en las cuales hubo una vinculación múltiple y problemática entre su realidad y la de España. Por esta razón resulta necesario indagar (leer) en el cómo se fue constituyendo España,

LA COLMENA 54, abril-junio 2007.

para entender cómo fue posible que en ella apareciera una figura como la de Cervantes, un hombre del siglo XVI, pero casi exclusivamente un escritor del XVII, del tiempo de Felipe III.

Cervantes fue sin duda un gran lector, sin esta afición no habría podido ofrecernos una obra con esa imponente amplitud de referencias (no sólo de textos, también de las realidades españolas, de aquellas del resto de Europa, de otras latitudes y otros tiempos). Se ocupaba asiduamente de textos, pero además se afanaba en entender la España de su tiempo y la de su pasado, en las que enmarcó su producción literaria. El *espíritu caballeresco* tuvo en la Edad Media española caracteres propios que claramente se observan reflejados en la literatura cervantina y que la distinguen de otras. *La Chanson de Roland*, *las chansons de geste* francesas y los ciclos del rey Arturo son composiciones de caracteres excepcionales, exclusivos e irreales; en la producción española, en cambio, el *Poema del Cid* y el *Romanero* son concretos, se ubican en la vida diaria y muestran localizaciones donde se observa ya en alguna medida la realidad cotidiana que después sería central en la obra de Cervantes. De manera semejante, los héroes españoles no son seres míticos, son personajes creados a partir de la realidad (basta con recordar al Cid); en ellos hay realismo, localismo, precisión geográfica y topográfica. El *Quijote*, en efecto, empieza refiriendo: “En un lugar de la Mancha”, y su personaje no es un héroe como los de las gestas medievales, es un compuesto de cotidianidad con espíritu de caballería. Cervantes, en su obra, aparece como persistente lector de su mundo y de su pasado; su espíritu de observación y sus lecturas le facilitaron la parodia del pasado, visto como antecámara de la España que le tocó vivir.

De acuerdo con lo mencionado en los textos de historia, podemos señalar una vez más que la construcción de España inició —o al

menos tuvo un momento decisivo— con la fundación de la monarquía visigoda, cuyos límites llegaron pronto a coincidir con los de la Península Ibérica. Pero este primer dominio peninsular fue interrumpido muy pronto por la invasión islámica de 711. Desde entonces, el proyecto histórico de la Edad Media para los habitantes de ese territorio fue naturalmente la reconquista. La historia aparece, así, como signada por una empresa: la lucha contra un invasor infiel. Durante ocho siglos la lucha fue cruenta, aunque en periodos amainaba hasta casi detenerse y sus promotores casi se amoldaban a convivir con el invasor, que a veces no era tan detestable.

La reconquista, sin embargo, no decayó, y para fortuna de España se fue expandiendo con creciente vigor, sin tener un lugar fijo como capital; de tal suerte, en los momentos decisivos, Castilla —que era, en alguna medida, el núcleo de la reconquista— nunca fue considerada un territorio: fue vista como símbolo de una actitud, como la expresión de la voluntad por alcanzar la libertad; impulso que no cedió hasta verse coronado. Hacia 1470, la situación de Castilla y Aragón era todavía lamentable. Posteriormente se produjo la integración o incorporación final de los dos reinos; este hecho mostró más próxima la conclusión de la reconquista.

Por otra parte, el descubrimiento de América se constituyó como la coronación del proyecto de nación, vista de manera política y social, original e innovadora, acorde con el espíritu renacentista superpuesto al viejo proyecto medieval. Con las posesiones del Nuevo Mundo, España dio el paso casi inmediato —como nación europea— a la categoría de supernación de los dos hemisferios. Aparece entonces, en la escena mundial, la Monarquía Católica e Hispánica, y la pertenencia a ésta de otros territorios, tanto en Europa (en Italia, Francia, Flandes, con la dignidad imperial que sobreviene después de Carlos V) como en África.

ca y, desde luego, en América. Monarquía que, un siglo después de su unión, enfrenta una batalla decisiva, la de Lepanto (1571), en la que Cervantes participa y sufre profundas huellas, tanto físicas como anímicas. Los motivos de esa guerra eran semejantes a los de la situación que ahora viven Occidente y el Mundo Islámico; pero en ese entonces surgió entre la cristiandad y el islam, encabezado este último por la gran potencia del imperio otomano (fortalecido desde la toma de Constantinopla por los turcos).

Todos estos hechos históricos formaron parte de un periodo animado por un proyecto y una mística. Había en el ambiente la sensación de que el país se encaminaba a alguna parte, como lo menciona Julián Marías; había en la gente una increíble ilusión y esperanzas de grandeza (Marías, 2003: 39). Todo lo anterior tiene ciertamente relación con la obra cervantina. Dichas condiciones le hacen decir a su principal personaje: "podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible" (Cervantes, s. f.: 336). Así, estas circunstancias fueron tierra fértil para el surgimiento del espíritu de caballería.

La reconquista de la libertad inflama el espíritu de todos y coloca en un lugar especial a sus protagonistas. De aquí deriva, probablemente, el deseo de grandeza del Quijote y también su recurrente relación con el *otro*, sobre todo desde el punto de vista religioso. La toma de Granada (1492) concluye la reconquista y coincide con el descubrimiento de América. Recuperada la unidad y con sus dominios en América, España llega a ser la entidad política más importante de entonces. Cincuenta años antes (1441), Antonio de Nebrija manifestaba ya una conciencia de su grandiosidad extrañamente clara al decir que como docente de gramática en el estudio de Salamanca era el más lúcido de España y, por consiguiente, de toda la redondez de la tierra.

EL DESAFÍO DE CERVANTES

Cervantes observaba por largo tiempo y buscaba un sentido en lo que vivía; fue considerado por sus contemporáneos como un hombre de otro tiempo; autor de una experiencia muy distinta de la de sus compañeros —con quienes se codeaba, convivía y publicaba—, sobre todo porque no tuvo una vida continua de escritor: "tuve otras cosas que hacer", declararía en alguna ocasión. Se sabe que tuvo mucho éxito, pero sólo en sus últimos años, ya que sus contemporáneos no le dieron la importancia debida. Para tener una idea de sus logros, es suficiente con recordar que en su vida se imprimieron dieciséis ediciones del *Quijote* —entre legítimas y fraudulentas, así como entre traducciones al francés y al inglés—, pero en sus tiempos no le dieron importancia a este hecho, pues el reconocimiento es un concepto social que, como tal, "se da" unas veces, otras no.

Los adversarios, por el contrario, no faltaron: en una carta fechada en 1604, anterior a la publicación de la primera parte del *Quijote*, Lope de Vega escribió que había muchos poetas, pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote; afirmación que origina varias consideraciones y confirma que nuestro autor no era ciertamente de los que llamaban la atención, pero era un hombre discreto que sabía quién era, y por ello declaró ser el primero que novelaba en lengua castellana; era alguien que conocía sus capacidades de invención: "soy el primero que ha novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas [*sic*] son más propias, no imitadas ni hurtadas".

Hoy contamos con abundantes datos sobre este autor, nos sobran y hasta pueden constituir un obstáculo; pero, si de éstos se toman los hechos significativos y se los hace funcionar en la estructura de la vida humana y de la

historia, es posible construir una figura inteligible y dar razón de su estatura. Los hechos de su vida, lo que le ocurrió, sus acciones y pasiones, todo ello se puede abarcar en una forma, en un esquema de vida que facilite su comprensión o, al menos, la posibilidad de imaginarla para entender también su literatura. ¿Cómo era el mundo de Cervantes?, ¿cómo vivió en éste? Su vida fue como la de cualquier hombre que se busca a sí mismo mientras vive; finalmente todos vamos dando significación a nuestro nombre desde el nacimiento hasta la muerte, en eso consiste la vida de cada humano.

Las condiciones más próximas, las familiares, en las que vivió Cervantes son bien conocidas: sabemos que su padre fue un médico sordo e itinerante, siempre con escasos recursos económicos, y que su madre fue doña Leonor de Cortinas, etcétera; es preciso considerar dichas circunstancias, cuando lo leemos, así como lo que él mismo expresaba sobre sus propósitos, y además aquello que cada lector pueda aportar sobre el cambio que al leerlo experimente en su propio mundo. Lo que sin duda buscaba Cervantes era explicarse y, por extensión, explicar una manera de leer la realidad en la que se pudiera encontrar siempre algo más. Ésta aparece como una peculiar retórica de su lucidez. Cervantes deseaba colocar al lector, por medio del recurso de la ficción, ante una nueva realidad que él mismo estaba tratando de hacer inteligible, ante un mundo que él intentaba explicarse de manera distinta. Quería ponerle nueva voz y, en consecuencia, nuevo nombre a cosas, sensaciones e ideas que hasta ese momento, y al carecer de nombre, carecían de realidad completa. Con el *Quijote* aprendemos, quizá de manera más clara, que la vida del personaje de ficción ilumina la vida de los personajes reales. Ambos, el de la ficción y el de la realidad, no se confunden, sino que dialogan entre sí en el acto de lectura.

Lo escrito sobre Cervantes —es suficiente con conocer la biblioteca dedicada a él en la Universidad de Alcalá de Henares— nos indica que ha sido objeto de constantes y apasionadas lecturas, al igual que de innumerables recorridos hermenéuticos. Nuestra lengua, en particular la literatura española, ha adquirido fama y prestigio en el mundo, en parte gracias a la admirable intuición de este exactor que se decidió a novelar lo que había vivido, soñado y deseado, tanto en sus lecturas como en su vida real en las inmediaciones de la corte, fuera de España y en la empresa de Lepanto, que para él culminó con cinco años de terrible esclavitud en territorio enemigo.

Cervantes era un ordinario y poco afortunado funcionario de Estado que, sin embargo, creía profundamente en el vigor catártico de la escritura. Su espíritu de observación y su experiencia ante situaciones singulares —reales o leídas— le facilitaron el material para la empresa de formular mundos posibles, para buscar —tanto en la representación dramática como en la novela pastoril— aquel lugar deseado que no había podido encontrar en ninguna otra parte. Lo que seguramente le facilitó el camino al triunfo fue su perspicacia o, tal vez, su corazonada de hacer algo inédito: dejar atrás la vía segura, pero monocorde, de la narración de caballerías, para sustituirla con las potencialidades diegéticas que atisbó en la parodia. Su aventura supuso tendidas horas de observación y lectura que le permitieron poner al revés los libros de caballería que habían ocupado al lector por más de un siglo. Ése fue su verdadero reto. Don Quijote solo y después acompañado por Sancho inicia su recorrido por las ásperas veredas de la región de la Mancha, para después hacer itinerarios más largos y probar sorpresas, contravenir algunas veces las férreas barreras de la racionalidad y relativizar el mundo. Éstas fueron las peripecias de un contumaz lector y escritor que hicieron posible la novela moderna.

Su trayectoria de creador parte de sus primeros, inciertos y convencionales experimentos en poesía y prosa (*La galatea*) para llegar a la euforia del narrador (el *Quijote*, *Novelas ejemplares*, *Persiles*...). En el *Quijote* hay abundancia de invención; se ve a un escritor que apoyado en sus lecturas, como bien lo señala Cesare Segre (Segre, 1974: 187), crea un personaje (don Quijote) que concibe a su autor (Cide Hamete Benengeli), el cual servirá como fuente de la obra del escritor (Cervantes). Los largos años que transcurrió en Sevilla (1587-1600), primero como comisario de abastecimiento para la armada invencible y después como recaudador de impuestos —actividad que lo llevó al menos por dos ocasiones a la cárcel—, no lograron debilitar su pasión por la lectura, pero seguramente lo mantuvieron alejado de los centros culturales más activos y creativos que se movían en relación con la corte. Este aislamiento, sin embargo, no le desvió de sus posibilidades satíricas, de su empeño en temprarlas y dirigirlas hacia el dominio de la parodia, como se puede constatar con claridad en el famoso soneto dedicado al sepulcro del rey Felipe II en Sevilla (noviembre de 1598), en el que la suntuosidad del elogio exageradamente retórico se proyecta en la imagen de una realidad absolutamente vacía.

En 1603 la familia de Cervantes se traslada a la ciudad de Valladolid, donde Felipe III había instalado su corte. Este cambio posiblemente facilitó el regreso de Cervantes al mundo de las letras, en el que al inicio encontró indiferencia y hostilidad, o encubierta rivalidad, como lo podemos leer en el prólogo a la primera parte del *Quijote*: "También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos, de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celeberrimos; aunque si los pidiese a dos o tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España" (Cervantes, s.f.: 2).

Estas palabras del prólogo son probable alusión a los sonetos de encomio que aparecían en las primeras páginas de libros importantes, especialmente en algunos de Lope de Vega, quien en una carta dirigida a un prominente personaje de entonces, probablemente al Duque de Sessa, con fecha del 14 de agosto de 1604, decía: "De poetas, no digo: buen siglo es este [*sic*]; muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote" (Lope de Vega, 1985: 68)

A pesar del escaso favor de quienes aprobaban las publicaciones, una vez que la primera parte del *Quijote* salió de la imprenta, la marginación de Cervantes quedó anulada: por fin llegó el éxito esperado que algunos obstaculizaban. En marzo de 1605, después de sólo dos meses desde su primera publicación, el editor Juan de la Cuesta y el librero Francisco Robles ordenaron la segunda edición madrileña. Más o menos en esos mismos días aparece en Lisboa una edición pirata, y pocos meses después circulan otras dos también clandestinas, en Valencia y en Zaragoza. En febrero de 1606 se hace en Sevilla el registro del envío del *Quijote* hacia Perú.¹

Las razones de su éxito son sin duda varias, pero tal vez con una matriz común: la revolución que causó en el lenguaje narrativo. En efecto y con todo derecho, el *Quijote* puede ser considerado un libro revolucionario en relación con las reglas establecidas por las poéticas entonces dominantes. Su transgresión no depende sólo de la atribución del papel de protagonista a un individuo caracterizado por la eversión (como podría ser el caso también del proto pícaro Lazarillo de Tormes o el de su sucesor Guzmán de Alfarache, ambos fuertemente negativos, aunque en su singularidad mantengan su figura

1 A pesar de que, como se sabe, durante todo el tiempo de la Colonia se evitó que llegaran novelas a América.

de héroes); se trata, aún más, de la asignación de este papel a un personaje absolutamente imprevisto e impredecible: el protagonista es un notable de pueblo pero sin nombre, anónimo al grado de crearse un nombre de arte para acceder a la ficción narrativa. En pocas palabras, se trata de un personaje que para reactivar el mundo de caballería en su enfermiza fantasía (efecto nada menos que del exceso de lecturas) debe inventar todo: desde su armadura (bricolaje), su cabalgadura (ennoblecendo a un pobre rocín), su escudero (un ignorante e impertinente paisano), hasta sus aventuras, posibilitadas por un intenso proceso de deformación de la realidad.

El *Quijote* fue una revolución realizada con el auxilio de los refinados y fingidos instrumentos de la parodia, que actuando en todos los ámbitos logró poner en crisis un sistema desde su interior, con las mismas armas de los defensores de ese particular sistema. Un buen ejemplo de esto es el caso de la fuente ficticia, de gran tradición en las novelas de caballería, y que en el *Quijote* es patente. Aparentemente, Cervantes retoma y rinde homenaje a esta tradición, pero en realidad la reelabora en un modo nuevo al crear un complejo sistema de mediaciones que se ubica entre el autor y su obra. Desde el prólogo a la primera parte de la novela, Cervantes se presenta no como autor sino como coautor: "Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastra de Don *Quijote*" (Cervantes, s.f.: 1), y en los primeros capítulos de la novela se declara compilador de tradiciones que contrastan: "Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día" (Cervantes, s.f.: 13).

En el capítulo VIII Cervantes se da a sí mismo la calificación de "segundo autor" en rela-

ción con un relato que el "primer autor" anónimo parece haber recogido, a su vez, de escritos precedentes. Pero esta cuestión es interrumpida por el duelo entre don Quijote y el vizcaíno, relato que también es truncado —en el momento cuando es más alta la tensión dramática, en el punto en que Don Quijote se lanza contra su adversario con la intención de dividirlo en dos— para dar lugar a informaciones de carácter metanarrativo.

En el capítulo IX aparece por primera vez el pretendido recurso del manuscrito árabe de Cide Hamete Benengeli, gracias al cual el episodio interrumpido es retomado, de manera que la historia continúa hasta la conclusión de la primera parte de la obra, donde la fuente árabe parece agotarse. Pero no se debe olvidar que antes de la invención del manuscrito de Cide Hamete Benengeli, don Quijote aún solitario y sin historia dice:

Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh, tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. (Cervantes, s.f.: 13)

Don Quijote evoca a Cide Hamete Benengeli antes de que éste entre en acción como primer autor, de modo que Cervantes es un *escritor* de marcada capacidad inventiva, modelador de mundos posibles que implican tanto al autor como al lector. En el mundo del *Quijote*, el autor-narrador y el personaje se dirigen constantemente al autor. De modo que Cervantes no sólo mantiene una estrecha comunicación con el lector, también con sus personajes, y éstos con él.

La revolución en el lenguaje narrativo del *Quijote* no se observa sólo en el expediente de la fuente ficticia, en clave de ingenioso contra-

punto paródico; va más lejos y se extiende a todos los componentes de la obra maestra cervantina, comenzando con la figura del héroe emblemático y problemático por su literal locura, pues sabemos que don Quijote es sabio en todo excepto en lo referente a la ficción caballeresca. En este caso se identifica una tradición a la que, probablemente, Cervantes aludió, pero de la que se alejó de manera perentoria al elegir otras vías más significativas: se trata de un patrimonio que pertenece a la dramaturgia e influye en la novelística y en la anecdótica. En el ámbito del teatro español hay una obra anónima titulada *Entremés de los romances*, en la cual el protagonista llamado Bartolo enloquece por haber leído muchas novelas de caballería y termina convencido de ser un caballero; sus proezas consisten en defender a una pastora que es acosada por un joven enamorado; al final, lo que el supuesto caballero obtiene es sólo un par de costillas rotas. Bartolo prolonga su historia narrándonos su ensimismamiento en lo que lee; identificándose con los protagonistas y asumiendo actitudes de Lancelot o de Amadís (Cfr. Menéndez Pidal, 1957: 187-189).

Probablemente Cervantes había leído o visto la pieza mencionada y le fue útil para la creación de su personaje, pero en breve tiempo decidió alejarse del teatro y transferir al caballero loco al amplio territorio de la novela. En este ámbito el personaje vive una transformación gradual, al inicio moviéndose solo, como sus modelos; pero pronto acompañado por su escudero Sancho, con quien emprende recorridos más largos. En sus travesías don Quijote encarna diferentes papeles que se complementan en la novela con el rol principal de caballero errante (en ocasiones se transforma en filósofo, literato, poeta, cortesano, educador y hasta en potencial personaje de novela, como es posible constatar en el segundo capítulo de la primera parte). Don Quijote, en espera del escritor que lo inmortalice, con una osada ope-

ración metanarrativa se convierte en historiador de sí mismo:

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: '¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: 'Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos [...], cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel'. (Cervantes, s.f.: 13)

En el mundo de don Quijote todo parece posible. Su carga revolucionaria explica su esperado y clamoroso éxito; está dirigida principalmente a la perspectiva maniquea de los mundos posibles: en primer lugar, contra el mundo inerte instituido por las novelas de caballería, contra su rígida distinción entre el héroe siempre valiente, generoso, victorioso, y el antagonista vil, malvado y perdedor; después, contra el mundo posible de la novela picaresca y su neto contraste entre el protagonista marginado y la sociedad de los integrados. Su novela también es vista en contraste con otros mundos, con el de la novela de aventuras (novela bizantina), con la novela italiana, las novelas pastoriles, sentimentales, etcétera. Entre estos mundos y el mundo posible del Quijote se establece una estrecha relación de superación, en la que estructuras ya elaboradas son utilizadas para crear una nueva. El instrumento usado es, obviamente, la parodia o la imitación intencional de un texto, de un personaje, de un motivo, realizada en términos irónicos para poner de relieve el distanciamiento del modelo y su examen crítico.

En mi opinión, el mensaje revolucionario del *Quijote* va más allá del campo literario; muchos estudios así lo indican con solidez. Ahora bien, no es posible pasar por alto el hecho de que es la primera novela moderna y que por ello mismo condensa múltiples relaciones entre el hombre y el mundo que entonces se transformaban en Occidente. Pero cada época hace su propia lectura: signo de los tiempos. Con lo anterior no intento decir que sólo debemos estudiar en el *Quijote* su relación con la sociedad, tanto la de su tiempo como la nuestra; posibilidad que no carece ciertamente de importancia. No es la búsqueda de una lección de vida en el texto, tampoco la distinción de los rasgos característicos del alma española, como lo intentaron Unamuno y Ortega al inicio del siglo XX;² pero el limitarse a la *literariedad* del *Quijote* me parece que se trata, justamente, de un espejismo que, como tal, me aparta, no tiene ninguna relación con mi vida concreta. Si el *Quijote* me apasiona es porque lo hallo vinculado de muchas maneras con mi vida, incide en ella, al menos en cuanto su lectura me resulta placentera; pero no en el sentido de simple pasatiempo o diversión, sino porque me hace ver y sentir, me permite leer mucho más de lo que materialmente está impreso en sus páginas. Es un texto de placer como lo concebía Barthes:

Texto de placer: el que contenta, calma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de la lectura. Texto de goce: que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y de

sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje. (Barthes, 1982: 25)

CONCLUSIÓN

Diálogo es precisamente lo que necesitamos en nuestros días; si fuéramos conscientes de su importancia, nuestros males serían menores, disminuirían limados por la capacidad de llegar a acuerdos, de aceptar al otro y vivir como sociedad. El diálogo no se realiza únicamente con personas, también podemos realizarlo con épocas y con los personajes de éstas, con realidades de otras latitudes, porque para ello podemos tomar en nuestras manos el puente de los libros.

Lo que deseo subrayar antes de concluir es que mediante ese diálogo, nosotros como lectores aprendemos a mirar; mediante la lectura, con nueva y peculiar mirada, nos relacionamos con nuestro entorno y también con nuestra interioridad. En este proceso, las palabras del personaje de ficción no se identifican ciertamente con las del lector, no pertenecen al mismo *nivel*; las promesas, juramentos, interrogaciones de don Quijote no se dirigen al lector como lo harían las provenientes de la persona que se tuviera enfrente en un diálogo. No se trata de eso. Las promesas, juramentos e interrogaciones textuales son precisamente eso, forman parte de un texto cuya capacidad alegórica, cuya parodia e ironía nos enseñan en calidad de lectores una manera de estar, una manera de decir y no decir, una manera de ver lo que no se ve fácilmente. Porque esos procesos de significación textual están cargados de la fuerza suficiente para definir un mundo y construir una identidad. LC

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland (1982), *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*, 4ª ed. México, Siglo XXI.

2 Miguel de Unamuno escribió en 1905 *Vida de don Quijote y Sancho*; Ortega y Gasset en 1914, *Las meditaciones del Quijote*.



- Beguín, Albert (1986), *Creación y destino*, México, FCE.
- Borges, Jorge Luis (1994), "Things that might have been", en *Obras completas, Historia de la noche*, Buenos Aires, Emecé, v. III.
- Cervantes Saavedra, Miguel de [s. f.], *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, México, Fernández Editores.
- Marías, Julián (2003), *Cervantes clave española*, Madrid, Alianza.
- Menéndez Pidal, Ramón (1957), "Un aspecto en la elaboración del Quijote", en *España y su historia*, Madrid, Minotauro.
- Segre, Cesare (1974), "Costruzioni rettilinee e costruzioni a spirale nel Don Quisiotte", en *Le strutture e il tempo. Narrazione, poesia e modelli*, Turín, Einaudi.
- Vega, Lope de (1985), *Cartas*, Nicolás Morón (ed.), Madrid, Castalia.